

Vivir bajo amenaza: prejuicio, discriminación y violencia homofóbica en Brasil¹

Sérgio Carrara y Paula Lacerda

Introducción

Los datos que comentamos aquí provienen de dos diferentes encuestas sobre discriminación, prejuicio y victimización que abarcan a gays, lesbianas, bisexuales, travestis y transexuales en Brasil.² La primera de esas encuestas se configuró como una muestra probabilística que, tras haber entrevistado a 2 014 individuos, tuvo como universo la población brasileña adulta residente en 150 municipios del país. En ese caso, se entrevistó, sobre todo, a hombres y mujeres heterosexuales.³ La segunda encuesta, más restringida, se basó en una muestra intencional compuesta sólo por gays, lesbianas y bisexuales.⁴ Más allá de la identidad sexual o de género predominante, el perfil sociológico de los/las que respondieron a las dos encuestas también difiere en otros aspectos. Grosso modo, podemos afirmar que los individuos

¹ Este artículo se publicó originalmente en Gustavo Venturi y Vilma Bokani (orgs.), 2010, *Diversidade e Homofobia no Brasil*, Ed. Perseu Abramo, Brasil.

² Coordinada por la Fundación Perseo Abramo, junto con la Fundación Rosa Luxemburgo Stiftung, y realizada entre el 7 y el 22 de junio de 2008 (muestra nacional) y el 5 y el 23 de enero de 2009 (muestra LGB).

³ De las categorías ofrecidas en el cuestionario, 83% de quienes respondieron se declaró "heterosexual"; 1%, "gay"; 0.5%, "bisexual"; 0.4%, "lesbiana"; y 0.1%, "travesti". Hubo incluso quien no se identificó con ninguna de las categorías ofrecidas por el entrevistador, prefiriendo declararse "hombre" (2%), "mujer", (2%) y "normal" (1%). Entre las personas más viejas que respondieron se encuentra el mayor número de los/las que se designan solamente como "hombre" o "mujer" y también entre ellos/ellas están quienes declaran no saber responder la pregunta (15% entre los hombres y 22% entre las mujeres). Este tipo de reacción a la pregunta propuesta tiende también a ser más común entre los/las menos escolarizados/as. Entre quienes nunca habían ido a la escuela, por ejemplo, nada menos que 35% declara no saber cómo identificarse a partir de las categorías identitarias propuestas.

⁴ Cuarenta y cuatro por ciento se definió como lesbiana; 41%, como "gay"; 11%, como "bisexual", y 4%, como "otros", (por ejemplo "homosexual").

que conformaron la segunda muestra tienden a ser mucho más jóvenes, tener mayores grados de escolaridad y contar con mayor poder adquisitivo si se les compara con los que participaron en la muestra nacional. A pesar de esas diferencias, procuraremos a lo largo de este artículo colocar a quienes respondieron las dos muestras en una especie de diálogo que girará en torno al modo en como la homofobia se manifiesta en Brasil. Exploraremos principalmente cómo los marcadores sociales de sexo/género, edad y escolaridad moldean las opiniones y actitudes en relación a la homosexualidad y la población LGBT.

Visibilidad LGBT e interacción con los universos homo y heterosexual

Destacamos inicialmente que, ya sea por conocimiento personal o a través de los medios, quienes respondieron a la encuesta nacional tienen algún tipo de contacto con homosexuales o alguna información sobre el universo LGBT. El contacto personal de los/las entrevistados/as con gays y lesbianas fue el blanco de investigación, y se consideraron cinco contextos distintos de sociabilidad: trabajo, escuela, vecindario, amigos, familia. Entre los/las entrevistados/as, 61% afirma encontrar o conocer gays en el contexto de su vida diaria y 47% dijo lo mismo acerca de su contacto con lesbianas. No obstante, el contacto cotidiano con gays y lesbianas varía fuertemente según las franjas etarias, y va, en el caso del conocimiento o encuentro con gays, de 72% entre jóvenes de entre 16 y 24 años, a 36%, entre quienes tienen sesenta años o más. En esa última franja etaria, apenas 26% declara encontrar lesbianas en los diferentes contextos investigados. El contacto con gays y lesbianas también varía muchísimo según la escolaridad de quienes respondieron. Así, si entre quienes nunca frecuentaron la escuela apenas 25% afirma conocer o encontrarse con gays y 19% con lesbianas, entre quienes cuentan con enseñanza superior esos números aumentan bastante, 75% y 58% respectivamente. Como las/los jóvenes (en particular las jóvenes) e individuos con mayor grado de escolaridad configuran, como se verá a detalle más adelante, las categorías en las que el prejuicio es menos fuerte, parece razonable pensar que ese mayor conocimiento y convivencia no se debe al hecho de que en esas categorías haya un mayor número de gays y lesbianas, sino al hecho de que en ellas gays y lesbianas se sienten más cómodos y seguros para expresar su orientación afectiva y sexual, y son por lo tanto más visibles.

Es notable la mayor visibilidad de los gays en relación con las lesbianas en todos los contextos de sociabilidad investigados, aunque en ambos casos el reconocimiento de su presencia disminuye a medida que los círculos de sociabilidad se vuelven más íntimos. Así, si 32% de los/las entrevistados/as notan la presencia de gays en el vecindario, en la familia este número cae hasta 8%. En cuanto a la presencia de lesbianas, estos porcentajes son respectivamente de 24 y 6%.

Es significativo el número de quienes respondieron que declaran tener gays (26%) y lesbianas (19%) en su círculo de amigos, pero esos números decrecen vertiginosamente conforme subimos por las diferentes franjas etarias. En el caso de los amigos gays, van de 29% entre los/las más jóvenes, a 6% entre los hombres más viejos, y 10% entre las mujeres más viejas. Lo mismo sucede en relación con las amistades con lesbianas, que declaran tener 26% de los/las más jóvenes, y apenas 3% de los/las de edad más avanzada. Tener amigos/as homosexuales es una experiencia cuya frecuencia es bastante sensible a la escolaridad. Entre quienes nunca fueron a la escuela, apenas 4% dice tener amigas lesbianas y amigos gays; entre quienes cuentan con enseñanza superior esos números aumentan hasta 27 y 38%, respectivamente.⁵

La creciente visibilidad pública de lugares frecuentados por homosexuales predominantemente también propicia un mayor contacto entre el mundo heterosexual y el mundo LGBT. Casi 20% de quienes respondieron afirmaron ya haber estado en lugares frecuentados principalmente por gays y lesbianas, experiencia que es más común entre los/las jóvenes y entre quienes tienen mayores grados de escolaridad. Entre las personas de entre 16 y 24 años que respondieron la encuesta, 25% de los hombres y 31% de las mujeres afirman haber frecuentado tales lugares. Además de eso, un número bastante significativo de los/las entrevistados/as (38%) declaró que alguna vez fue abordado por alguien del mismo sexo o que alguien del mismo sexo se le había "lanzado".⁶

⁵ Esta misma serie de preguntas se realizó a los gays y lesbianas que participaron en la segunda encuesta. Como era de esperarse, un número mucho mayor de quienes respondieron declaró tener contacto con lesbianas (96%) y gays (97%) en su cotidianidad. Resulta interesante notar que incluso en los círculos más íntimos, esa visibilidad diferenciada se hace notar. Así, mientras en la muestra nacional 6 y 8% de quienes respondieron revelaron tener contacto, respectivamente, con lesbianas y gays en sus familias, el porcentaje resulta más que duplicado cuando se realiza la misma pregunta a gays y lesbianas.

⁶ Son los/las más jóvenes quienes relatan tales experiencias con mayor frecuencia, sobre todo los hombres (61%), y en menor medida las mujeres (33%).

Además de entrar en contacto con la población LGBT en su cotidianidad o en su tiempo de ocio, la población entrevistada en la muestra nacional se relaciona con ella a través de los medios. Cuando se les pregunta al respecto, nada menos que 73% de los/las entrevistados/as reconocieron que lesbianas, gays, bisexuales, travestis y transexuales han aparecido con mayor frecuencia en películas, novelas, etc.,⁷ reconocimiento que tiende a aumentar sistemáticamente conforme aumenta el grado de escolaridad de quienes respondieron.

Aunque la intolerancia, la discriminación y el prejuicio debido a la orientación sexual o la identidad de género provengan de innumerables fuentes, estas seguramente dependen en alguna medida del grado de "familiaridad" o de la intensidad de los contactos que las personas no homosexuales mantienen con lesbianas, gays, bisexuales, travestis y transexuales. Como se verá a continuación, las categorías sociales que mantienen un contacto más frecuente con el universo LGBT —jóvenes, mujeres y personas con mayores grados de escolaridad— son también quienes de manera general tienden a expresar posiciones o actitudes menos homofóbicas.

La medida del prejuicio: opiniones y actitudes

Después de informar sobre su perfil social y profesional, las primeras preguntas a las que los/las entrevistados/as de la muestra nacional respondieron versaron sobre sus sentimientos frente a diferentes tipos de personas. Se preguntó inicialmente al/la entrevistado/a sobre el "tipo de persona" que considera "extraña", o a la que "no le gusta ver o encontrar". Sin estimular la respuesta, gran parte de quienes respondieron (44%) declara no parecerle extraño ningún tipo de persona ni rechazar a nadie, mientras que poco más de 50% señala tener sentimientos negativos ("antipatía", "extrañeza", "odio") en relación a algún tipo de persona. Los no heterosexuales (lesbianas, gays, bisexuales) o individuos con identidad de género diferente a la que les fue asignada al nacer (travestis o transexuales) ocupan una posición importante como foco de rechazo espontáneo, situándose en la quinta posición, con 6% de menciones.⁸ Hacemos un llamado de atención sobre el hecho de que, en

⁷ En la muestra intencional con personas LGBT ese reconocimiento sube a 88%.

⁸ Se les suple apenas por "personas viciosas" (15%), como "alcohólicos", "usuarios de drogas", "fumadores"; por quienes "cometieron ciertos delitos" (10%), como "ladrones", "traficantes", "asesinos", "pedófilos"; por individuos con ciertas características "socioeconómicas" (10%),

contraste, las categorías étnicas o raciales fueron mencionadas como foco de rechazo en apenas 1% de los casos, lo cual señala diferencias importantes en relación con la dinámica del racismo y la homofobia en la sociedad brasileña. Incluso considerando las respuestas no estimuladas, resulta interesante notar además que el grupo de identidades sexuales y de género no normativas merece con mayor frecuencia la antipatía espontánea de los hombres (7%) que de las mujeres (5%).

Cuando el/la entrevistador/a presenta ciertos tipos de personas para que el/la entrevistado/a tome posición respecto de los sentimientos que le producen ("repulsión/odio", "antipatía", "indiferencia", "satisfacción/alegría"), el rechazo ("repulsión/odio" + "antipatía") a las diferentes minorías sexuales aumenta significativamente. Los transexuales son el blanco de "repulsión/odio" de 10% de los/las entrevistados/as, mientras 8% mantiene los mismos sentimientos en relación a gays, lesbianas y bisexuales. Si consideramos además a quienes declaran sentir "antipatía", el rechazo aumenta hasta 24% en el caso de los transexuales, 22% en el de los travestis, 20% en el de lesbianas, y 19% en el de gays y bisexuales.

Esos datos sufren, sin embargo, una fuerte inflexión si se considera el sexo/género de quienes respondieron. Según parece, las identidades sexuales y de género no convencionales son mucho más incómodas para ellos que para ellas. Además, los rechazos se especifican y jerarquizan de manera diferente si se es hombre o mujer. Así, si entre los blancos de rechazo de las mujeres los travestis ocupan la décima posición (16%), y los gays la décima segunda (14%), para los hombres esas mismas categorías suben respectivamente a la tercera (29%) y quinta (26%) posiciones. Entre las mujeres el rechazo recae especialmente sobre las lesbianas (18%).

Además de variar según el marcador sexo/género, el rechazo a personas LGBT es también moldeado muy fuertemente por la edad de quienes respondieron. Entre los hombres, el rechazo es especialmente fuerte entre los más jóvenes (con edades que varían entre los 16 y los 24 años) y entre los más viejos (con sesenta años o más), y disminuye en las franjas intermedias. Así, por ejemplo, 37% de los hombres más jóvenes afirman sentir "antipatía", "repulsión" y hasta "odio" hacia los travestis, en porcentajes prácticamente

como "habitantes de favelas", "mendigos", "niños de la calle", "nuevos ricos"; y, finalmente, por personas que presentan ciertas características de comportamiento relacionadas con la falsedad y el chisme (8%).

idénticos que los de los hombres más viejos (39%). En contraste, entre las mujeres el rechazo tiende a aumentar progresivamente conforme aumenta la edad de las entrevistadas. Las más jóvenes divergen así significativamente de las más viejas. Entre las primeras, el rechazo a los travestis es, por ejemplo, de 13%, mientras entre las segundas se sitúa en 23%. Los mismos patrones se repiten, grosso modo, en relación con los otros grupos LGBT. Muy probablemente, el alto índice de rechazo hacia las personas LGBT entre los hombres jóvenes, cuando se les compara con las mujeres de la misma franja etaria, se explica por la necesidad de afirmación de la identidad masculina en esa etapa de la vida. De todas maneras, cualquiera que sea la razón de esa diferencia, es importante resaltar que los/las más jóvenes tienden a ser generalmente más tolerantes; los hombres entre los 16 y los 24 años resultan una excepción de ese patrón.

La escolaridad tiene un impacto todavía más notable que el sexo/género y la edad sobre la (in)tolerancia o el prejuicio por orientación sexual e identidad de género. En relación con todos los grupos LGBT, el rechazo manifestado por quienes respondieron disminuyó sistemáticamente conforme la escolaridad es mayor. En el caso de las travestis, sobre quienes recaen los mayores niveles de rechazo, tenemos que, mientras 34% de los/las que nunca fueron a la escuela los rechazan, el número se reduce a la mitad (17%) entre quienes cuentan con enseñanza superior o más.⁹ Como se verá a lo largo de todo el análisis, en el caso del prejuicio, la intolerancia y la discriminación por orientación sexual e identidad de género, la educación parece ser el antídoto más poderoso.

Para explorar las posibles razones de la tolerancia o intolerancia en relación con la homosexualidad, quienes respondieron fueron instados/as a tomar posición ante algunas afirmaciones habituales del sentido común, algunas de ellas de fuerte tenor prejuicioso y hasta ofensivo. Los resultados apuntan a las expectativas sociales contradictorias de las que la homosexualidad es objeto. Si, por un lado, resulta bastante significativo el porcentaje de aquellos/as para los/las que la homosexualidad se relaciona con la promiscuidad (45% concuerda con que "casi siempre los homosexuales tienen muchas parejas sexuales"), por otro, es igualmente significativo el número de los/las que no están de acuerdo con que los gays sean los más culpados

⁹ De la misma manera, el rechazo de los gays y lesbianas se sitúa alrededor de 30% entre los/las menos escolarizados/as, cayendo a 11% entre los/las más escolarizados/as.

por el hecho de que el VIH se esté esparciendo por el mundo (52%). Con poca variación según el sexo/género y la edad, la gran mayoría (77%) concuerda con la afirmación según la cual la "decencia" no depende de la orientación sexual. Pero, un número significativo (37%) juzga a la homosexualidad a partir de criterios morales y la considera una "inmoralidad" o "falta de carácter". Resulta interesante notar cómo la opinión de que la homosexualidad es una inmoralidad convive contradictoriamente con la opinión de que se trata de una "enfermedad". Tal idea merece la coincidencia de 40% de los/las entrevistados/as, llegando a más de 50% entre quienes tienen sesenta años o más. Como se ve —mezcla de deshonra, enfermedad, inmoralidad—, la homosexualidad continúa ocupando un lugar social contradictorio en el plano de las representaciones sociales.

Vale la pena destacar que la culpabilización de los gays por la diseminación del VIH es más frecuente entre los/las más viejos/as¹⁰ y entre los/las menos escolarizados/as.¹¹ La reprobación moral de la homosexualidad se intensifica con el aumento de la franja etaria de quienes respondieron, especialmente entre los hombres¹², y conforme disminuye la escolaridad.¹³ La patologización de la homosexualidad presenta un patrón semejante: se intensifica conforme se eleva la franja etaria¹⁴ y disminuye conforme aumenta la escolaridad.¹⁵ Así, según parece, la idea de que la homosexualidad es una enfermedad se encuentra más firmemente enraizada precisamente en los estratos sociales que más fuertemente creen que es inmoral.

Los datos revelan también que las evaluaciones en relación con la homosexualidad se pliegan a una concepción específica sobre los límites entre

¹⁰ Mientras entre quienes tienen sesenta años o más, 49% de las mujeres y 44% de los hombres mantiene esa opinión, entre los/las que tienen entre 16 y 24 años, 24% de las mujeres y 35% de los hombres afirma lo mismo.

¹¹ Entre los/las más escolarizados/as (enseñanza superior o más), 67% no está de acuerdo con esa idea, porcentaje que cae hasta 25% entre quienes nunca fueron a la escuela.

¹² Excepto en la última franja etaria. Entre quienes tienen sesenta o más, 57% de ellas concuerda en que la homosexualidad es una "inmoralidad" o "falta de carácter", contra 51% de ellos, que afirma lo mismo.

¹³ Si, entre los/las menos escolarizados/as, tal idea llega a ser compartida nada menos que por 69% de quienes respondieron, ese número cae a 13% entre los/las más escolarizados/as.

¹⁴ Las mujeres más jóvenes son las que menos están de acuerdo en que la homosexualidad es una enfermedad que debe ser tratada (26%).

¹⁵ La idea de que la homosexualidad es una enfermedad encuentra un número de adeptos tres veces inferior entre los/las más escolarizados/as (22%), cuando se les compara con los/las menos escolarizados/as (66%).

la vida pública y la vida privada. La concordancia con la afirmación según la cual "está bien que las parejas de gays y lesbianas hagan lo que quieran en sus casas, pues entre cuatro paredes todo se vale" alcanza nada menos que a 75% del total de los/las entrevistados/as, siendo mayor entre los/las más jóvenes y más escolarizados/as.¹⁶ Un número igualmente elevado (64%) concuerda con que "las parejas de gays o lesbianas no deberían andar abrazados o quedarse besando en lugares públicos".¹⁷ Esta aparente "tolerancia" debe, por lo tanto, ser considerada en su dimensión prescriptiva y no como una forma de aceptación de la "diferencia", además de que refuerza la idea de que la condición necesaria para la aceptación social de estas personas es el ocultamiento. Según parece, lesbianas y gays deben mantener su sexualidad restringida a los espacios privados e íntimos.¹⁸

Consideradas en conjunto, todas las tendencias de opinión antes discutidas dibujan una especie de ética, en la que no parece ser contradictorio creer que la homosexualidad sea simultáneamente enfermedad y falla moral, y que, aun así, pueda ser hasta "tolerada", siempre que se la mantenga en una especie de "prisión domiciliaria".

* * * * *

La aceptación social de las personas LGBT depende también de la posición que ocupan o podrían ocupar en relación con quienes respondieron. Un porcentaje significativo de quienes respondieron declaró ser indiferente en cuanto a tener colegas de trabajo (70%), jefes (68%) o vecinos/as (72%) gays o lesbianas. Un número idéntico (4%) es el de quienes "estarían contentos" por tener gays o lesbianas en su medio laboral y quienes rechazarían convivir con ellos/ellas en este espacio (y pensarían incluso en mudarse de empleo).

¹⁶ Alcanza 81% entre las mujeres que tienen edades entre 16 y 24 años y 84% entre quienes cuentan con nivel superior.

¹⁷ Alcanza 80% entre las mujeres con sesenta años o más y 78% entre los/las que nunca fueron a la escuela.

¹⁸ Esto parece reflejarse en el hecho de que 38% de quienes respondieron la muestra nacional (submuestra A) considerara mala la presencia de personas LGBT en los medios nacionales; 26% justificó su opinión afirmando que su comportamiento exhibido en los medios puede influenciar a los niños y adolescentes. Esa opinión contrasta fuertemente con la de gays, lesbianas y bisexuales que, en su gran mayoría (80%), considera positiva tal presencia por posibilitar "abrir las mentes de las personas" (41%), "hacer que las personas acepten la diferencia" (19%) y "mostrar a la sociedad que todos somos iguales" (18%).

La diferencia tiende a caer cuando se trata de escoger amigos, médicos o profesores para los hijos. En el caso de los médicos, 62% de quienes respondieron se declararon indiferentes al hecho de que estos fueran o pudieran ser gays o lesbianas. En relación con la amistad, la indiferencia fue de 60%, y cayó un poco más cuando se trató de profesores para los hijos (56%). Si los números referentes a la indiferencia no varían tanto en esos casos, los relativos a las actitudes intolerantes más extremas se muestran mucho más variables. Así, si 9% de quienes respondieron no aceptarían amigos/as gays o lesbianas, ese porcentaje prácticamente se duplica en el caso de la elección de médicos y profesores para los hijos: 18% cambiaría de médico y 17% trataría de cambiar al/la maestro/a. Esos números son un poco más altos para los hombres, y aquí también la escolaridad moldea fuertemente los datos, haciendo que las actitudes más tolerantes sean progresivamente más comunes cuanto mayor sea el número de años de estudio.¹⁹

Cuando el tema de la aceptación de la homosexualidad se refiere a un círculo íntimo de relaciones familiares, la indiferencia disminuye drásticamente. Apenas a 13% de quienes respondieron "no les importaría" o les parecería "indiferente" que sus hijos/as fuesen gays o lesbianas. Ese número permanece constante, independientemente de que sea hombre o mujer quien responde, pero crece de forma exponencial conforme a la escolaridad, yendo de 3% entre los/las menos escolarizados/as a 18% entre los/las que tienen mayor nivel de instrucción. La respuesta más común (72%) fue la de que "no me gustaría, pero trataría de aceptarlo". Esa actitud tiende a ser más común entre mujeres (81% entre las de 45 a 59 años) que entre hombres (62% entre los más jóvenes) y no varía significativamente según los diferentes grados de escolaridad (valores entre 71 y 73%). Llamamos la atención sobre el hecho de que 7% de los/las entrevistados/as declararon que no aceptarían hijos/as gays/lesbianas y los expulsarían de casa. El número de quienes respondieron que tendrían tal actitud extrema es mucho mayor entre los hombres (11%) que entre las mujeres (4%), y sufre una enorme variación según el nivel de escolaridad, yendo de 15% entre quienes nunca fueron a la escuela, a apenas 2% entre quienes cuentan con instrucción de nivel superior.

¹⁹ Así, si la indiferencia a tener amigos gays o lesbianas es de 30% para los que nunca fueron a la escuela, esta sube hasta 70% entre quienes cuentan con nivel superior. En el caso de los médicos y profesores de los hijos, la indiferencia sube de 39 y 36% a 76 y 65%, respectivamente. Entre los/las menos escolarizados/as, nada menos que 35% cambiaría de médico y 37% intentaría cambiar el profesor del hijo.

Entre los/las más jóvenes (de entre 16 y 24 años de edad), apenas 1% de las mujeres declaró que expulsaría a un hijo gay o una hija lesbiana de la casa, mientras que 14% de los hombres en esa franja etaria adoptarían tal actitud. Es importante notar que ese número es apenas ligeramente inferior al de los hombres con sesenta años o más que harían lo mismo (16%).

Dadas las discrepancias presentadas entre hombres y mujeres en relación con la aceptación de los hijos/as gays/lesbianas, es comprensible que, en la muestra intencional conformada por homosexuales y bisexuales, cuando se les pregunta a qué persona de la familia le contaron sobre su identidad sexual, las madres aparecen en primer lugar, con 61% de las menciones, siendo seguidas por las hermanas, con 59%. Hermanos y padres alcanzaron, respectivamente, los porcentajes de 52 y 43%.²⁰

Por otra parte la manera en la que quienes respondieron la entrevista reaccionaron ante el abordaje o a que se les *lanzaran* gays o lesbianas señala también su grado de intolerancia u homofobia. Demostrando el potencial ofensivo que parecen tener estos actos, 18% de quienes habían sido abordados reaccionaron negativamente, lo cual incluyó palabras de irritación, insultos y hasta violencia física. Apenas 2% reaccionó positivamente ("agradecí el elogio", "me morí de la risa", "acepté la invitación"). Las reacciones negativas son mucho más frecuentes entre los hombres (25%) que entre las mujeres (12%).

* * * * *

Aunque las actitudes e ideas prejuiciosas presenten, como vimos arriba, fluctuaciones significativas según los diferentes marcadores sociales, estas se manifiestan claramente en el conjunto de los datos analizados y continúan diseminándose fuertemente en la sociedad brasileña. Y eso les parece claro a los/las propios/as entrevistados/as. Podemos afirmar que si algo hay de consensual entre ellos/ellas, tal vez sea reconocer que en Brasil existen prejuicios contra las personas LGBT, y esto varía poco según la franja etaria,

²⁰ De acuerdo con los relatos de los/las entrevistados/as LGBT que contaron a las madres sobre su identidad sexual, a 17% de ellas no le importó, pareciéndoles indiferente, a 35% no le gustó, pero procuraron aceptarlo y 5% no lo aceptó, llegando a expulsar a sus hijos o hijas de la casa. La actitud de los padres fue un poco diferente: a 12% no le importó, a 22% no le gustó pero procuró aceptarlo y en 4% de los casos existió expulsión de la casa. Hubo una correlación entre los casos que resultaron en expulsión de la casa, tanto por parte del padre como de la madre, y la escolaridad más baja de quien respondió.

sexo/género y escolaridad. Apenas 5% de toda la muestra nacional declara que tal prejuicio no existe. Entre gays, lesbianas y bisexuales, que son blanco del prejuicio, parece ser más difícil desconocer esto último, pues apenas 2% de los/las entrevistados/as en la muestra intencional lo afirman.

Si en la muestra nacional 91% identifica el prejuicio en Brasil, al ser interrogados sobre si ellos/ellas mismos/as tienen prejuicios en relación con las personas LGBT, apenas 32% acepta tenerlos. La distribución de los datos sobre el reconocimiento del propio prejuicio, según las diferentes categorías sociales aquí analizadas, acompaña muy cercanamente al modo en como se distribuyen los datos sobre el rechazo a personas LGBT que presentamos al inicio del análisis. Los hombres tienden a reconocerse más prejuiciosos que las mujeres (36 y 29%, respectivamente) y, tanto en el caso de ellos como en el de ellas, quienes se dicen menos prejuiciosos/as son quienes tienden a identificar mayor prejuicio en la sociedad brasileña.

El hecho de que una parte significativa de quienes respondieron declaren ante el/la investigador/a ser prejuiciosos/as puede significar más que una simple coherencia en relación con las opiniones que expresan en las respuestas a las otras preguntas, apuntando tal vez al hecho de que, para quienes respondieron, cuando se trata de orientaciones sexuales e identificaciones de género no convencionales, el prejuicio se justificaría o sería legítimo. Según parece, no se tiene vergüenza de asumirlo. En ese sentido, la relativa facilidad de reconocerse prejuicioso/a puede ser interpretada más como una señal de cuán enraizada está la homofobia en la sociedad brasileña.

Experiencias de discriminación y violencia homofóbica

Dadas las tendencias detectadas por la encuesta nacional, no debe sorprender que, en la muestra con gays, lesbianas y bisexuales, 53% de quienes respondieron declaren sentirse discriminados (variando de 67%, entre los/as más jóvenes, a 32%, entre los/as de 45 años o más). Los gays (60%) tienden a sentirse más discriminados que las lesbianas (50%), y ambos grupos más que los bisexuales (39%). Cuando se les estimula a evaluar la discriminación que sufren en diferentes contextos sociales, se percibe que el sentimiento de discriminación se produce tanto en las esferas más privadas, como en las esferas más públicas de la vida social. De esta manera, 44% de quienes respondieron se sintieron discriminados/as en espacios de ocio y de consumo, y un número no mucho menor en el ambiente familiar (39%).

Son múltiples los agentes de esa discriminación (además de los desconocidos, se menciona también a los padres, hermanos, amigos, vecinos,

colegas de la escuela o el trabajo, profesores, policías), así como los lugares donde ocurre (casa, escuela, calle, lugar de trabajo, bares, etc.) y las formas que adopta (despido del trabajo, agresiones físicas, expulsión de la casa). Entre los tipos de discriminación, el que más destaca es el que se presenta como "violencia psicológica, moral o verbal" (47%), directamente asociado con la producción de la homosexualidad como lugar social marcado por la injuria, deshonra y humillación.

Como puede suponerse, los eventos de discriminación dejan marcas profundas en quien los experimenta. Entre quienes se sintieron discriminados, apenas 3% afirma no haber prestado atención, que no le importó o que le fue indiferente la experiencia. Estos sentimientos negativos (de tristeza, inferioridad, anormalidad, depresión, humillación, entre los referidos en las entrevistas) son muy probablemente los responsables del hecho de que en pocos casos hayan existido actitudes como "contesté a sus argumentos / me defendí" (6%), "procuré mis derechos / inicié un proceso judicial" (2%), "busqué al gerente o a los superiores" (1%). A pesar de los fuertes sentimientos que emergen con el episodio de la discriminación (o por eso mismo), 19% de las víctimas permaneció en silencio, no contando el caso a nadie, ni siquiera a los amigos, familiares, psicólogos, etcétera.

Además de las situaciones de discriminación, los/las entrevistados/as respondieron sobre experiencias de violencia debidas a la orientación, conducta o preferencia sexual. La entrevista exploró dos frentes distintos. Inicialmente se preguntó si los/las entrevistados/as conocían personalmente a alguien que hubiese sido víctima de ciertos tipos de violencia, conforme a los presentados por el/la entrevistador/a. En un segundo momento, se preguntó si ellos/as mismos/as habían sido víctimas de tales violencias.

Entre quienes respondieron, 70% declara conocer personalmente a alguien que fue tratado con ironía o burla; 62%, a personas que fueron blanco de groserías u ofensas; 45%, a alguien que fue expuesto a una situación vejatoria o constrictiva, y 32% conoce personas que fueron amenazadas o aterrorizadas. Pasando de la violencia simbólica a la violencia física, un número bastante significativo (41%) afirma conocer personalmente a alguien que fue agredido físicamente; 28% se manifestó de la misma manera en cuanto a conocer a alguien cuya integridad o salud física fue así comprometida, y un número menor (24%) declara conocer personalmente a alguien cuya vida fue puesta en peligro deliberadamente. También resultaron significativas las menciones de personas conocidas que han sido alcanzadas por otros tipos de violencia, como ser privado de los cuidados o la convivencia

familiar (34%), haber sido forzado a hacer cosas que no hubiera querido hacer (22%), y personas a quienes se dificultó, negó o retrasó la atención médica (12%).²¹

Cuando se trata de la violencia sufrida por quienes respondieron, los números disminuyen de forma considerable. Sin embargo, es todavía significativo que 10% de los/las entrevistados/as haya sido amenazado/a o aterrorizado/a; 7%, víctima de lesión corporal; 7%, obligado a hacer cosas que no hubieran querido hacer; 5% haya visto comprometida su integridad o salud física, y la vida de 3% haya sido deliberadamente puesta en peligro. En la muestra, a 6% se le privó de cuidados o de la convivencia familiar y a 2% se le dificultó, negó o retrasó la atención médica.

Se mencionaron las formas de violencia simbólica, que implican humillación e injuria, en proporciones bastante mayores. De esta manera, 42% declara "haber sido tratado con ironía o burla"; 31%, "haber sido tratado con groserías u ofensas"; y 21%, "haber sido expuesto/a a una situación vejatoria o constrictiva".

Resaltamos que estas experiencias de violencia se encuentran atravesadas por matices tanto de sexo/identidad sexual, como de edad y escolaridad. En primer lugar, los gays parecen ser el blanco preferente de violencias como la ironía o la burla (48% de gays y 40% de lesbianas), exposición a situaciones vejatorias o constrictivas (27% de gays y 17% de lesbianas), lesión corporal (10% ellos y 6% ellas) y haber sido forzado a hacer cosas que no hubiera querido hacer (10% ellos, 4% ellas). Aunque los porcentajes sean cercanos, las lesbianas relatan en mayor medida que su integridad o salud física fue comprometida (6%) que la de los gays (5%), y que fueron sido privadas de los cuidados o de la convivencia con la familia (7% de lesbianas y 5% de gays).

²¹ Entre los/las entrevistados/as que relataron conocer a alguien que fue víctima de violencia, notamos que el porcentaje de los hombres tiende a ser superior que el de las mujeres, excepto en las categorías "privado de los cuidados o de la convivencia con la familia" (30% para los hombres y 37% para las mujeres) y "cuya atención médica se dificultó, negó o retrasó" (con 11% de hombres y 12% de mujeres). Nótese además que conocer personalmente a alguien que haya sido víctima de alguno de estos tipos de violencia tiende a crecer con la escolaridad y los ingresos familiares de los/las entrevistados/as. De esta manera, si 19% de quienes cuentan con enseñanza básica conocía a alguna persona que había sido expuesta a peligro de muerte, este número sube hasta 21% entre los de nivel medio y llega a 28% entre los de nivel superior.

En relación con la edad, se percibe que los/las más jóvenes reportan violencia en mayores proporciones, quizás por estar, como se vio arriba, expuestos a un medio particularmente homofóbico. Así, mientras 49% de quienes con hasta 24 años relatan haber sido tratados/as con ironía o burla, este porcentaje decrece hasta 24% entre quienes tienen 45 años o más. Lo mismo sucede con las experiencias de "haber sido tratado con grosería u ofensas" —cuya mención cae de 36% entre los/las más jóvenes a 22% entre los/las más viejos/as— y de haber sido expuesto a una situación vejatoria o constrictiva —relatada por 26% de los/las más jóvenes y por 12% de los/las más viejos/as—. Sin embargo, hay ciertas formas de violencia que alcanzan preferentemente a los/las más viejos/as. En mayor número, ellos/ellas relatan haber sido expuestos/as a "peligro de muerte" —el relato de la experiencia pasa de 2% entre quienes tienen hasta 24 años, a 7% entre quienes tienen edades entre 35 y 44 años—, "haber visto su integridad o salud física comprometida" —de 3 a 8%, respectivamente— y "haber sido obligados/as a hacer cosas que no hubieran querido hacer" —de 3 a 11%, respectivamente—. El golpe conocido como "Buenas noches, Cenicienta", que consiste en sedar a las personas con el objetivo de facilitar el robo de sus pertenencias, fue aplicado a 6% de los/las entrevistados/as, siendo 12% del grupo de 45 años o más.

A excepción de "haber sido tratado con ironía o burla", que aumenta consistentemente con las franjas de escolaridad,²² y "haber padecido dificultades, negaciones o retrasos en la atención médica" (que se mantiene en torno a 3% en las diferentes franjas de escolaridad), los relatos de violencia caen abruptamente cuando se compara a quienes tienen enseñanza básica con quienes tienen enseñanza media.²³ No se verifica lo mismo, sin embargo, cuando comparamos a quienes cuentan con enseñanza media con quienes cuentan con enseñanza superior. Aun cuando los/las que tienen enseñanza superior relaten episodios de violencia en proporciones menores que los/las que tienen la enseñanza básica, los índices son más altos que los presentados por quienes tienen enseñanza media. Así, en varias de las categorías

²² Los relatos en este sentido van de 36% entre quienes cuentan con el nivel básico, hasta 41% entre quienes tienen enseñanza media, y llega a 45% entre los/las de enseñanza superior.

²³ Así, "haber sido expuesto a una situación vejatoria o constrictiva" cae de 33% entre quienes cuentan con enseñanza básica, a 19% entre quienes estudiaron hasta la enseñanza media; y haber sido amenazado o aterrorizado alcanza 20% de quienes cuentan con enseñanza básica, contra 8% de los que tienen enseñanza media.

de violencia, el porcentaje disminuye de la primera a la segunda franja de escolaridad, volviendo a subir un poco de la segunda a la tercera.²⁴ Si bien, antes de afirmar que los / las más escolarizados / as estarían más expuestos / as a la violencia, debemos preguntarnos si no es que para estas personas la violencia se vuelve más perceptible. Es importante también recordar que entre quienes respondieron y cuentan con enseñanza superior se encuentra el menor número de gays y lesbianas que se mantienen en el clóset, o sea, que guardan en absoluto secreto su orientación sexual. Entre los gays y las lesbianas entrevistados / as, apenas una minoría de 3% mantenía en absoluto secreto su identidad sexual.²⁵

Vivir bajo amenaza (apuntes finales)

A guisa de conclusión, nos gustaría registrar que, de los datos aquí analizados, salta a la vista el modo como, a partir de la reproducción de un conjunto de estereotipos e ideas preconcebidas sobre la homosexualidad (o de determinadas convenciones sociales de género y de sexualidad), se ha reservado a un segmento importante de ciudadanos y ciudadanas brasileños / as un lugar marcado por la experiencia directa de humillaciones, constricciones y violencia física o por la constante amenaza de vivirla y padecerla. Incluso cuando no son ellos / ellas mismos / as las víctimas, los numerosos relatos de gays, lesbianas y bisexuales entrevistados / as sobre alguien a quien conocen que lo fue se presentan como una especie de alerta de lo que un día puede sucederle a todos / as, especialmente a quienes insisten en exhibir su "diferencia" en el espacio público, sin recato o vergüenza, exigiendo que sea respetada.

Los datos revelan también la fuerte tensión social que actualmente cerca a la homosexualidad y a las identidades de género no convencionales. En

²⁴ Haber sido expuesto / a una situación vejatoria o constrictiva, por ejemplo, fue reportado por 21% de quienes tienen enseñanza superior, superando a quienes tienen enseñanza media (19%).

²⁵ Notamos que 8% de quienes cuentan con enseñanza básica mantenían en secreto su orientación sexual, porcentaje que cae hasta 3% entre quienes tienen enseñanza media y a 2% entre los / las que cuentan con enseñanza superior. La gran mayoría (97%), con todo, ya había asumido su identidad sexual ante al menos uno de los siguientes círculos de sociabilidad (respuestas múltiples): amigos (82%), familia (78%), colegas de trabajo (50%), colegas de escuela o facultad (33%), profesionales de la salud (30%), etc. Además, consideramos alto el porcentaje de quienes contaron sobre su sexualidad a sus jefes o demás superiores en el ámbito laboral, que fue de 27%.

torno a ellas, fuerzas contrarias parecen confrontarse, apuntando en direcciones opuestas. Existen permanencias, concepciones arraigadas según las cuales la homosexualidad es el lugar de la injuria, la enfermedad, el mal. Existen también importantes cambios, que hacen creer en la lenta emergencia de una sociedad más igualitaria y justa. Algunas permanencias están donde esperaríamos que estuvieran —las generaciones viejas tienden a ser más "conservadoras", por ejemplo—; otras, como el caso de la homofobia evidente expresada por los hombres más jóvenes, resultan más perturbadoras, pues aparecen justamente donde no las esperábamos, colocando en jaque el sentido más general que nos gustaría que el proceso de cambio tomase.

De todas maneras, a ese lugar social "incómodo" que les sigue estando reservado, los gays, lesbianas y bisexuales que respondieron a la segunda muestra parecen oponer una experiencia personal contrastante. Respecto del sentimiento que los/las entrevistados/as mantienen en relación con su orientación sexual, nada menos que 65% dicen sentirse a gusto y 26% dicen sentir orgullo de lo que son. Y el porcentaje de las/los que "se sienten a gusto" en relación con su orientación sexual aumenta con la escolaridad, llegando a 72% entre los/las que cuentan con enseñanza superior o más. Así, todo sucede como si, ante la duda y la ambivalencia con las que la sociedad brasileña sigue tratando a la homosexualidad, los/las homosexuales opusieran la experiencia de una vida que, aun en un mundo que les sigue siendo hostil, vale la pena ser vivida.

Mientras tanto, de todos/as los/las que respondieron, 8% confiesa sentir vergüenza de su orientación sexual, llegando tal sentimiento a alcanzar 14% de los/las que cuentan con enseñanza básica. Su sentimiento parece testimoniar que, en Brasil, para muchos hombres y mujeres homosexuales poco ha cambiado, que todavía estamos lejos de vivir en una sociedad en la que el número de homosexuales que siente vergüenza de lo que son sea al menos equivalente al número de personas que, en la población general, revelan el mismo sentimiento y que, conforme lo reveló la encuesta nacional, es de "0.30009". Solamente una próxima encuesta podrá expresar si debemos o no considerar esa cifra, más allá de una simple quimera estadística, también una quimera política ●

Traducción: Dulce María López Vega